

## **Raíces de Fuego**

Bajo el sol que besa la sierra,  
donde el cóndor traza círculos de esperanza,  
nació una estirpe que no dobla su espalda,  
ni frente al viento, ni ante la violencia.

José Gabriel, voz de tierra y guerra,  
cargó en su pecho el alma de los Andes,  
y Micaela, madre de lucha y estrellas,  
tejió con manos de fuego la resistencia.

En sus ojos brillaba el amor profundo,  
un amor que trascendió las fronteras del tiempo,  
y en cada palabra sembraron el futuro  
como quien siembra maíz en la tierra fértil.

Sus hijos, Hipólito, Mariano y Fernando,  
caminaban con pasos firmes,  
bajo el manto protector de la memoria,  
en sus venas corría la sangre de la libertad.

En la mesa, donde se compartía el pan,  
también se tejían sueños de justicia,  
y entre las sombras de la noche andina,  
resonaban los ecos de un pueblo que despertaba.

Con cada mirada, juraron luchar,  
sin rendirse, sin doblegarse,  
sabían que el amor no es sólo un suspiro,  
es lucha, es fuego, es un río que nunca muere.

Túpac, caído pero eterno,  
dejó su alma en cada rincón del Perú,

y Micaela, en su dolor, dio vida  
a un pueblo que nunca olvidó el sacrificio.

Hoy, sus nombres se elevan como montañas,  
su amor, semilla que brota en el viento,  
y sus convicciones siguen cantando  
en los labios de aquellos que aún luchan.

Raíces de fuego, raíces de lucha,  
su legado, antorcha que ilumina el camino,  
nos enseña que el amor verdadero  
es el que arde sin consumirse,  
es el que da vida a la libertad.

Que nunca se apague la llama de sus voces,  
que sus nombres sigan resonando en el viento,  
porque la familia de Túpac Amaru vive en cada  
grito, en cada lucha, es un faro que guía a los libres,  
y en sus corazones, la historia jamás muere.